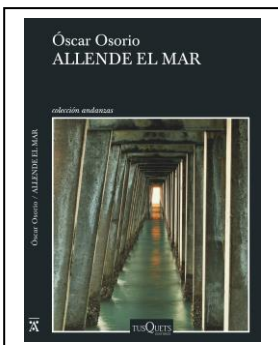


La estrategia narrativa en *Allende el mar* de Óscar Osorio¹

Por Gilberto Rangel Ordoñez*



Hace días me desvela el compromiso con la revista *Hybrido* de escribir esta reseña sobre el más reciente libro de crónicas publicado por la editorial TusQuest en su colección Andanzas. El libro es *Allende el mar* y su autor Óscar Osorio, nacido en la Tulia Valle del Cauca (Colombia). Hijo tercero de doña Teresa y don Marcos: costurera y oficiosa ama de casa, ella; sastre, profesor de primaria y de toderías, él. Maestros de amor y perseverancia, los dos.

Óscar es profesor de la Universidad del Valle. Como escritor, cuenta con una generosa producción literaria entre la que se destacan catorce libros de diversos géneros y temáticas: la novela ganadora *El cronista y el espejo* (2007); libros de poesía, de cuentos, de ensayos sobre la violencia; un libro de crónica escrito con James Valderrama y titulado *La mirada de los condenados* (2003), y muchas publicaciones de artículos, reseñas y ensayos en diferentes revistas y periódicos colombianos e internacionales. También ha sido merecedor de varios premios como el premio Cáceres de Novela Corta en España (2007); el premio Gutiérrez Mañé por su tesis doctoral (Nueva York, 2012); el premio Autores Vallecaucanos de Ensayo Jorge Isaacs (Cali 2015) y la beca Fulbright (2020), de la cuál surgió *Allende el mar*.

La encomienda puntual de escribir la reseña me la propuso José Osorio, primo del escritor y editor de la revista *Hybrido* de Nueva York; el compromiso espiritual y académico lo adquirí mucho antes, cuando el libro aún estaba inédito y tuve feliz ocasión de ir leyendo, una a una, las crónicas como recién iban saliendo del horno. Paso a ocuparme del asunto:

El pan libro aún humeaba su vaporcillo tusquetsiano, ese regusto exquisito a viejas y nuevas Andanzas que tienen los libros y los panes recién salidos del horno; así me lo pasó Óscar y me recordó el imponderable valor de nuestra hermandad cósmica, la indeleble sustancia de esa otredad que nos amista y nos hermana: allende la vida, allende la muerte, allende la luna, allende el mar. Y me puse a degustar, bocado a bocado, miga a miga, este exquisito manjar literario o periodístico o periodístico literario, como quiera que sea este *Allende el mar*.

Las diez crónicas que componen el libro son un magistral concierto narrativo de lo que bien puede llamarse el complejo arte de escribir sencillo. En absoluto se trata de una escritura sencilla porque sea facilista, ni compleja porque sea enredada. La sencillez deriva del equilibrio entre lo semiótico, lo pragmalingüístico y el prestigioso dominio de los elementos fundamentales del periodismo literario. El denodado dominio de estos elementos permite que

¹ Publicado en *Hybrido* 19 (2024): 48-51.

* Licenciado en Literatura. Magister en Literatura colombiana y latinoamericana. Docente Auxiliar de La Escuela de Estudios Literarios de La universidad del Valle – Colombia.

el lector se encuentre ante diez historias de fácil y amena lectura; así, en varias de ellas, la amenidad y la facilidad no sean precisamente los mejores adjetivos para calificar los sentimientos, las vivencias y las problemáticas que experimentaron y que experimentan los inmigrantes. La complejidad se manifiesta en el arduo trabajo enunciativo y narrativo; concretamente, en la estructuración de las voces narrativas y en la configuración de las secuencias del relato.

El trabajo propicia una particular simbiosis en la que se hibridan los roles narrativos de los inmigrantes y los roles discursivos del escritor-periodista. Óscar hace un manejo contundente de las herramientas literarias; permite que cada personaje mantenga su registro de voz, su autonomía discursiva, su versatilidad actuarial. Todo lo anterior se propicia por la eficacia de su narración subordinante y el riguroso respeto de la exactitud y de la neutralidad. Osorio reconfigura las coordenadas temporo-espaciales de las historias, garantizando que lo relatado por los inmigrantes no se dilate en fragmentos inconexos de sus diversas anécdotas, sentires, pareceres y sinsabores ni en el abigarrado sumario de lamentaciones tristes o pintorescas que, por lo general y por defecto, se registra en el aleatorio proceso de las entrevistas.

La sincronía entre lo dicho y lo implicado es perfecta. Esto lo consigue el autor mediante un inteligente procedimiento pragmático en el que su voz se fusiona, se amalgama -si el término es válido- con el registro y el tono de los inmigrantes; sin comprometer su identidad, pero llevando al límite de la mediumnidad realista su competencia narrativa, al relatar objetivamente hechos acontecimientos y situaciones vividas por los inmigrantes colombianos en Estados Unidos, en diferentes épocas y espacios.

El efecto de su estrategia narrativa, hace que el lector perciba claramente la dislocación entre el tiempo histórico del contexto social (público y ajeno) en el que se halla inmerso el inmigrante y dentro del cual es forzado a subsistir y el tiempo vivencial (íntimo) que lo confronta con el azaramiento de la inestabilidad cotidiana, con la nostalgia y con el anhelo de regresar a su patria. Es una especie dimensión bitemporal en la cual, presente y pasado convergen de manera simultánea, determinando que las acciones somáticas y discursivas, en algunos de los protagonistas, instauren un sentido ambiguo de la realidad que a varios de ellos les impide reconocerse y ubicarse: un No-Ser de ninguna parte. En esta dimensión, el tiempo, antes que bifurcarse entre un antes y un después, genera un bucle de atemporalidad y, asimismo, el reconocimiento de un vacío topográfico que afecta notoriamente la ubicuidad proxémica de los inmigrantes, impidiéndoles que puedan determinar concretamente el lugar que habitan, y al que corresponden. Es el justo lugar de la indeterminación espacial y temporal de *es Allende el mar*; un más allá si fronteras, sin garantía de regreso; el espacio impreciso y ajeno al que nunca se acaba de llegar y al que no todos podrán pertenecer.

Cabe advertir que los textos no tratan de forzar una condena chauvinista frente a lo valiosa que puede resultar la trashumancia. La connotación del viaje, cuando es libre, cuando se asume en condiciones ecuanímes de autonomía, es una aventura privilegiada que puede enriquecer la vida de quien lo asume; de hecho, no todos los inmigrantes descritos en estas crónicas se sienten infelices o frustrados. Quienes antes de viajar tuvieron la oportunidad de

construir un proyecto de vida académica o profesional, aunque el impacto de la cultura norteamericana les haya afectado, aunque hayan vivido reveses o desventuras, tienen claro que su pasaporte es de ida y vuelta.

El caso es distinto para quienes abandonan el país, forzados por las condiciones de inequidad social y el sometimiento de la limitación económica; para quienes se juegan la vida al garete, sin proyecto y sin asideros sociales. Son inmigrantes que, desde mucho antes de arriesgarse Allende las fronteras marítimas o terrestres de su propio terruño, han sufrido las consecuencias del desplazamiento, de la humillación de muchos vejámenes; es decir, son víctimas de dos ninguneos: el que vivieron en su tierra natal y el que sufren en Norteamérica. Para ellos, especialmente, se queden en el Norte o retornen, su realidad no admite la connotación profunda del regreso, pues su vida siempre ha sido marcada más que por la pertenencia a un lugar, por ese forzado nomadismo universal que les impidió arraigarse en el aquí de su país o Allende sus fronteras.

Esta breve consideración sobre la temporalidad y la espacialidad implican dos aspectos determinantes para la interpretación de las diez historias que recoge el libro. Me refiero a los componentes pragmático y simbólico. Lo pragmático es un designio enunciativo, un rasgo que de principio a fin nos obliga a una exigente extrapolación semántica, a una búsqueda exhaustiva de sentido contrapuesta a la ilusoria sencillez predicativa que nos lleva al facilismo de creer que los títulos son un simple rótulo con los que los escritores solo buscan etiquetar o marcar algo, en este caso, unas historias, unas vidas unas personas. María Teresa Escandell**, experta en asuntos de lenguaje y de lingüística, define de manera escueta la pragmática: "Pragmática eres tú". Esta acotación no es para entrar en disertaciones lingüísticas, pero sirve para enfatizar que el valor significativo de estas historias que nos comparte Óscar está más allá de las líneas y que, por eso mismo no se trata de relatos fáciles sobre historias de vidas simples. Esta dimensión pragmática es el pilar del componente simbólico de las crónicas al cual voy a referirme a continuación.

El simbolismo es uno de los elementos más relevantes del periodismo literario. Pero este simbolismo no es la simple estrategia de sobreponer en el texto figuras literarias o improvisar imágenes grandilocuentes para congraciarse con un lector urgido de emociones gratuitas. Norman Sims, en el prólogo de su libro *Los periodistas literarios*, apoyándose en las consideraciones de Richard Rhodes*** sobre el asunto de las realidades simbólicas, concluye que estas tienen dos lados; uno, el significado que internamente tiene la escritura para el escritor y; dos, las estructuras profundas. El significado interno se relaciona con contenido

** María. Victoria Escandell es Catedrática de Lingüística General en la UNED. Se ha ocupado fundamentalmente de las relaciones entre Gramática, Semántica y Pragmática, en libros como *Fundamentos de Semántica composicional* (Barcelona, Ariel, 2004), *Introducción a la Pragmática* (Barcelona, Ariel, 2006), *Procedural Meaning: Problems and Perspectives* (Bingley, Emerald, 2011), *60 problemas de Gramática* (Madrid, Akal, 2011), entre otras obras destacadas.

*** Sims, N. (1996). *Los periodistas literarios*. Bogotá: Áncora.

denotativo del texto y las estructuras profundas determinan lo que hay detrás del texto; es decir, las implicaturas que apuntan a un sentido externo que revela lo que hay detrás de las máscaras, el trasfondo social, psicológico e inconsciente de quien escribe, acerca de quién de quiénes o de qué escribe.

Claramente, al hablar de las estructuras simbólicas que se pueden develar en la recepción de estas historias la figura del autor es emplazada o se advierte a partir del valor inconsciente que adquiere el ejercicio de su mediación enunciativa-narrativa y, primordialmente, porque la neutralidad de su voz se soporta no solo por el respetuoso gesto de ceder la palabra a los protagonistas sino porque su competencia narrativa también se afianza en la experiencia de haber sido inmigrante, de haber sido un sujeto escindido por los efectos del lenguaje y de la cultura. Circunstancia que lo inviste de un poder y un saber decir; esto es, un saber enunciar con voz propia lo que muchos inmigrantes viven, han vivido y que difícilmente pueden relatar; no solo porque sus competencias comunicativas los limiten sino porque para poder traducir la complejidad semiótica y pragmática de una cultura ajena, el código lingüístico (idioma) no basta. Se requiere de un arduo trabajo de interpretación semiótica y de reconfiguración pragmática, que es lo que resalta en el trabajo de Osorio. Lo primero, porque los signos sociales son multimodales y plurivalentes; lo segundo, porque sin detrimento del crédito que merece el valor semántico del lenguaje cotidiano, el sentido pragmático incrementa los niveles de significación y simbolización. En este sentido, solo el ejercicio consciente de estas diferencias es el que permite que estas historias, sencillas en apariencia, revele esa conmoción humana y sensible que otros lectores que me han antecedido encontraron en estas crónicas.

¿Qué decir de las historias?

Aunque los protagonistas no se vinculan entre sí, todos terminan pareciéndose, hermanándose tácitamente desde su condición de colombianos y de latinos, de inmigrantes en busca de un destino propio, favorable a sus intereses; en busca de resolver la incógnita que los empujó allende el mar.

No me extenderé en el resumen de todas las historias, a modo de abrebocas, de entrada, solo voy a sintetizar algunas. Sin duda, todas son admirables y profundamente humanas.

Historia uno: Beto Coral, encarna la historia del joven que no quiere que ningún otro niño viva lo que él vivió. Lo impulsa la sombra de la vida y de la muerte de su padre. Ahora lucha por resolver el error funesto del padre, la hamartía. El subtexto de esta historia es la historia corrupta y funesta de un país anómalo donde todo y nada ocurre.

Historia diez: para Bastián Camilo, las Reliquias de la Muerte de Rowling son el amuleto esencial de su anagnórisis, le transformaron la vida, lo resucitaron. El relato es la memoria de una búsqueda trascendental de la vida desde un no lugar, desde un No-Ser. Es una bella y sufrida historia que al final convalida la necesidad de la “muerte” para sustentar la vida.

Historia seis: Ruby, comprende que no hay forma de comenzar de nuevo y en su pregunta existencial, Colombia es un destino impropio un no saber para qué regresar. Sus hijos también lo saben y, como ella, no quieren volver. Ella sabe que su vida solo es una extensión de otras vidas, que la familia ya no es como antes porque “este país separa las familias”. También dice que “aquí hay mejores oportunidades”.

Historia cinco: Rodín, es primo directo de Jesucristo. Reconoce el perfecto equilibrio entre el bien y el mal, es el elegido, el ungido y espera regresar para cambiar la historia de Colombia, a su manera. Él sabe que Juan Pablo segundo le debe la vida. Rodín sabe que es un ángel negro, ayudante de Jesucristo, hacedor de favores a quien su jefe le ordene: ya sea regalando dinero, defendiendo mujeres violentadas o haciendo otras “vueltas”. Rodín también es Chaman y sabe cómo adelantarse a los hechos.

Historia siete: Dahiana Girón vive en Elizabeth, un barrio de Nueva Jersey que le evoca los barrios de Cali o Jamundí. La evocación le amarra recuerdos malos de amores fallidos, nostalgias de un pasado familiar que pudo ser mejor y añoranzas de un mejor porvenir. Por ahora espera una pensión como pago a un accidente que casi la deja inválida, mientras sale, trabaja de ocasional en una factoría. Con la pensión comprará dos casas: una en Cali y la otra en Nueva Jersey. Dice que ama a los estados Unidos. Por ahora seguirá esperando que la demanda salga a su favor y seguirá viviendo en una pieza.

En conclusión, se trata de diez historias conmovedoras, como lo dijo Fernando Cruz Kronfly en un ensayo publicado hace poco. Diez relatos reveladores de esa mismidad y esa otredad espiritual que vincula con el sello de hermandad a unos seres que, abocados por diversas causas e intereses, un día se vieron forzados a partir, desde distintos lugares de Colombia, a ese vasto territorio del Norte, con la ilusión de hallar lo que el sur les negó. En un variopinto entramado de situaciones en las que el dolor, el amor, los ideales políticos, las necesidades económicas, la condición familiar, la sociedad, la educación, la condición de género, la vida, la muerte y, ante todo, la esperanza de poder ser y hacer alguien y algo en la vida, se aventuraron en un viaje del cual, para algunos, el retorno será un hecho favorable, mientras que para otros resultará una empresa inútil. También es posible que algunos, aunque retornen, jamás puedan escapar de ese bucle atemporal que los atrapa.

Palmira, Valle del Cauca, enero 22 de 2024.

